

A MODO DE EPÍLOGO

A lo largo de las páginas precedentes el lector interesado ha podido conocer con razonable claridad los entresijos de un caso santuarial, el de Arantzazu, con los rasgos que definen en principio el fenómeno de los Santuarios cristianos y con las características propias de su ubicación geográfica y cultural.

La exposición relativamente amplia no ha agotado, desde luego, el tema en todo lo que ha sido, pero ha servido para darnos, creo, un panorama general de lo que un Santuario regentado por religiosos puede venir a ser dentro de un ámbito local y regional pero gozando también de proyección internacional específica.

La historia de los Santuarios marianos, así como la de los Santuarios bajo custodia franciscana, tienen en Arantzazu un caso de manifiesto interés para el investigador. La presente obra no quiere sino aportar materiales de trabajo para futuros análisis, en la esperanza de que nuevas metodologías investigadoras puedan ser aplicadas al caso que nos ha ocupado. Creemos que la historia -que no se repite ni en el tiempo, ni en el espacio- hallará en el episodio descrito aquí un hecho suficientemente universal y original como para interesarse por él.

La historiografía del Santuario de Arantzazu es más abundante de lo que comúnmente se conoce. Algo apuntó en su día Lizarralde (1934), pero antes ya de aquella fecha, y sobre todo después de la misma, las publicaciones y los sucesos se multiplicaron, de modo que, para disponer de un guía bibliográfico exhaustivo, no nos queda sino esperar la bibliografía general que el Padre K. Zubizarreta tiene en curso de redacción.

La presente obra se apoya, en primer lugar, en fuentes archivísticas obvias del propio Santuario y la Provincia Religiosa, pero al mismo tiempo depende, muy reiteradamente, de algunas obras, clásicas ya en la bibliografía de Arantzazu, de las que esta publicación de hoy recoge informaciones valiosas, al tiempo que las completa. Es de justicia mencionarlas ahora, porque sin ellas este *Investigaciones y Ensayos* no hubiera visto la luz nunca en la forma presente.

“Lizarralde” viene citado con insistente regularidad en estas páginas: no es otro que el autor de la *Historia de la Virgen y del Santuario de Arantzazu*, editada en el Santuario en 1950, obra inacabada pero imprescindible aún, y cuya autoría corresponde a José Adrián Lizarralde Balerdi (1884-1935), hijo de Zaldibia, nacido en el caserío Zaldibibarrena, religioso franciscano, autor de beneméritos trabajos históricos. Los siglos XV-XIX de Arantzazu tienen en Lizarralde un buen conocedor de ese pasado, ofreciendo a veces rasgos claros de modernidad, no exenta de acertadas intuiciones. Su declarada querencia por el Santuario o su no disimulada visión intra-confesional no deben desorientar al lector avisado, porque

en Lizarralde abundan, además de los hallazgos ciertos, sugerencias fecundas para trabajos ulteriores.

Una segunda obra de referencia es *Homenaje*, con citas repetidas en tantas de estas páginas. Remite a publicación de otro carácter, pero que resulta igualmente insustituible, hoy por hoy. Se trata de la obra colectiva cuyo título figuró como *Homenaje*, mientras que en la portada interior se titulaba (*sic*) *A la Seráfica Provincia de Cantabria en el septuagésimo año de su Restauración (1859-1934)*. La obra fue impresa el año 1935 en los Talleres Gráficos de Arantzazu, y aunque resulte un libro escrito “pro domo”, las informaciones acumuladas revisten con frecuencia tal firmeza documental que difícilmente podemos orillarlas para el conocimiento de Arantzazu en el tramo 1859-1934. En particular, algunos aspectos culturales merecieron una atención bien cuidada en esa obra conmemorativa: historia general de la provincia, relación de religiosos, bibliografía de autoría franciscana, formación religiosa de las nuevas generaciones, proyección misionera, enseñanza, arte, música, etc. Es un precedente claro de lo que hemos querido ofrecer en estas mismas páginas.

Hemos apuntado ya en el prólogo la estrecha relación que media entre *Arantzazu. Un Santuario vasco del siglo XX* (obra divulgativa) y la presente publicación de *Investigaciones y Ensayos*. En casos en que no hemos vuelto de nuevo a abordar algún tema, ambas publicaciones presentan una complementariedad que no hemos querido desaprovechar. Por lo mismo, nos hemos permitido transgredir las normas habituales de los “índices analíticos de materias”, incluyendo en este volumen también la mención de materiales informativos anticipados en el mencionado *Arantzazu*.

Esa riqueza heredada de la bibliografía anterior nos ha ahorrado mucho trabajo, para dar un segundo paso: en particular, *Investigaciones y Ensayos* se beneficia de investigaciones primeras y de primera mano, así como de la recogida de memorias personales. La propia presentación formal de muchos de los trabajos (con sus notas de fuentes y bibliografía, por ejemplo) muestra en qué medida los colaboradores han buscado y examinado materiales de archivo no utilizados hasta ahora. En cuanto a los testimonios recogidos, en ninguno de los siglos pasados han dejado nada equivalente los franciscanos del Santuario, y lo hacen ahora, en un siglo, además, extremadamente significativo de fin de etapa histórica y ante una frontera de cambios, previsible sí, pero en modo alguno evitables o meramente coyunturales.

Podrá constatarse que este volumen de *Investigaciones y Ensayos* ha prestado a la segunda parte del siglo XX mejor atención que a la primera, por un lado, porque *Homenaje* cubría ya de algún modo ésta, y por otro, porque era urgente no perder la riqueza testimonial directa a la que teníamos acceso respecto a los años 1950-2000. Los años 1940 presentaban aún un rostro de vida tradicional, tanto en el Santuario, en general, como en la Comunidad de religiosos, y esto pese a la presencia -emergente ya- de signos de cambio. Cincuenta años después (incluso treinta) la realidad vino a ser bien distinta, física, económica, cultural y religiosamente. Mucho de ello queda testificado en estas páginas, y esperamos que resulte una ayuda para que las futuras generaciones dispongan de más cómodo acceso a nuestra información actual.

No faltan aquí ausencias y vacíos comprobables. En relación con los contenidos, digamos que no presentamos “historias de vida” (aunque personajes como el

Ecónomo fr. Juan Elizegi hubieran podido ofrecer una vivaz narración contable y vital), y en el ámbito biográfico nos hemos limitado a dos esbozos significativos (los de Villasante y Gandiaga); sin embargo, ¿qué no hubieran podido aportar, por su parte, protagonistas como K. Zubizarreta (vida cultural) o T. Zuriarrain (bienestar conventual, mejoras de espacio y edificios)? Y ¡tantas otras vías de acceso a lo vivido en el s. XXI!: por ejemplo, ¿qué han significado de verdad para Arantzazu las plumas de Pedro Anasagasti y José A. Elustondo, hombres que resultaron ser verdadera voz notarial del Santuario durante más de tres décadas de sus vidas? Y hay otros vacíos: en realidad, el análisis del colectivo de religiosos ha quedado a medio camino; algo se dijo del mismo en *Arantzazu* (2001: pp. 107-132), pero aquí no hemos vuelto al tema. Sería de desear también una buena cartografía del espacio santuarial, en su acepción amplia: los mapas de los territorios de cuestación, predicación, peregrinación, nueva cofradía, difusión de las publicaciones periódicas, origen y destino final del alumnado, etc., y un análisis comparativo de todos ellos a lo largo de las décadas elegidas nos mostrarían una dinámica bien sugerente. En cuanto a episodios temporalmente más circunscritos, llama la atención, por ejemplo, la ruptura explicitada en los años 1965-1970 (demografía, teología, oración, mentalidades, formas de convivencia, etc.), ruptura, por lo demás, repetida con exactitud cronológica en otros Institutos y Casas de Formación de religiosos: intuimos que su examen será apasionante para los futuros estudiosos. Esas y otras son las asignaturas pendientes de esta obra.

En el campo de la investigación, Arantzazu queda necesitada también de la atención de especialistas actuales y próximos de Historia, Antropología y Sociología religiosas, para ser investigada con las metodologías mejor avaladas por la investigación actual. Por razones históricas propias, este Santuario vasco y franciscano puede figurar en el elenco de Centros Santuariales de más o menos obligado estudio. En estas páginas hemos querido dejar sugerida tal posibilidad, pues queda por delante tarea por cumplir para quienes acudan a la cita.

En lo que respecta al futuro de vida de Arantzazu, podemos apuntar hacia una esperanza, cargada tanto de incertidumbres como de promesas: el rostro social y la gestión práctica del Santuario van a cambiar, sin duda, hacia modelos nuevos. Los arquetipos de realidad vividos por tradición en el Camino peregrinacional o en el Encuentro misterioso de la llegada se han transformado ya fuertemente; pero las motivaciones profundas que los suscitaron y alimentaron siguen siendo una propuesta seria, aunque forzosamente matizable y tal vez necesitada de complementos sustanciales.

Junto a la secular confesionalidad católica del País, en la sociedad en la que se ubica Arantzazu han cristalizado ya actitudes (a/anti)religiosas, plurales y antitéticas, en muchos casos más allá de los antañones anticlericalismos de salón o calle, y con hondos y tal vez no claramente expresados cuestionamientos (a)religiosos. Así, pues, parece ser que la mirada de los custodios del Aloña debe revestir asimismo un obligado carácter extramural. En efecto, ¿cómo definir en el Santuario el *respeto*, la *acogida* y, dado el caso, el *acompañamiento* en la post-secularidad religiosa vigente, o incluso en la secularidad post-religiosa ya socialmente afirmada?

Supuesto que el peregrino creyente católico (e incluso el creyente cristiano, en general) dispone en Arantzazu de su lugar propio, junto a ambos ¿qué *status* puede merecer en el Santuario el “peregrino sin Iglesia”, a veces creyente acon-

fesional, otras veces increyente en búsqueda? ¿Qué ofrecer a los cercanamente alejados de las formas tradicionales religiosas? ¿Qué acogida merecen los creyentes de otras religiones? ¿Qué puede diseñarse desde el “espíritu de Asís” y a la luz de la historia y experiencia propia de Arantzazu?

La respuesta a los interrogantes señalados no parece que pueda venir exclusivamente de la Comunidad de Religiosos, ya que la tradición santuarial clásica se define como una interlocución entre el *lugar* y el *misterio*, por una parte, y la *historia de fe* del peregrino, por otra, sin negar la intermediación –legítima y útil, pero siempre opcional– de la Comunidad de religiosos. A esta razón de principio, muy pronto se va a sumar una pura razón de demografía: la Comunidad va reduciéndose de forma imparable. El Santuario –que nació por iniciativa social y se dotó de una Comunidad custodial que con el tiempo vino a tener un peso ciertamente no previsible en los orígenes– ¿puede realmente retomar los valores abiertos y “de pueblo” del arranque original, nuevamente con el protagonismo de los hombres y mujeres de nuestro pueblo? En definitiva, ¿cuáles deberán ser la función y sitio de la Comunidad custodial de religiosos, y cuáles los de la Comunidad peregrina, definida ésta en la forma más plural posible?

Estas preguntas nos remiten, por último, a la cuestión del *sentido final del hombre*, y también a la posibilidad y/o voluntad de encuadramiento socio-institucional de la vivencia de ese sentido. ¿Qué lugar debe o puede ocupar en ese contexto un Santuario, aquí y ahora, en Euskal Herria? Si se le concede, de verdad, una función operativa a Arantzazu respecto de la sociedad que por diversas (pero no excluyentes) razones se confiesa solidaria con ella, ¿qué fuerzas y condiciones de esa misma sociedad posibilitarían la continuidad de su vigencia institucional, al menos con su actual peso y calidad?

Este *Investigaciones y Ensayos* sólo ha pretendido, por el momento, dar algunos datos básicos de conocimiento y reflexión, aun con la seguridad de que el porvenir no será nunca el calco del pasado, sino obra creativa de nuevas generaciones.

Joseba Intxausti

Donostia, mayo de 2003